

mirada burlona y disconformista ante lo estaido, el lenguaje bizarro y soez, las prácticas ilegales, las actitudes insolentes, etc. Con una jerga popular de expresiones opacas, o que se van opacando con la repetición al cansancio: “cool” o “apesta”, son los referentes que simplifican la crítica social (y cualquier posibilidad de resistencia) de estos animados jovencitos. Al mismo tiempo, este artículo ilustra de alguna forma, cómo estas aptitudes innovativas del cuerpo social, surgidas a partir del apareamiento entre música y medios de comunicación *made in USA*, promovieron la constitución de los adolescentes en una suerte de “clase” imaginaria sin patria ni futuro.

El último trabajo que cierra este libro nos introduce en un campo cuyas reflexiones son, a mi entender, difíciles de animar desde la perspectiva de un análisis del discurso, el de la poesía. Al menos si consideramos que las palabras allí contenidas remiten al código de la lengua, y

que esas palabras –como alguna vez expresara Eduardo Grüner– son objetos que no se parecen en absoluto a aquello que designan o aluden. Reservas al margen, Gloria Bustos en *La construcción poética del sujeto*, encuentra en el discurso poético de los ‘90 indicios de una “zona de resistencia” en el entramado siempre hegemónico del discurso social. Esa resistencia se organiza desde la producción de una subjetividad “donde quizás no se busque tanto un lenguaje otro cuanto un espacio desde donde sea posible acordar otra enunciabilidad”. Y será, desde las posibilidades subversivas de esa enunciabilidad, lo que permitirá formular según la autora, una resistencia no sólo al canon literario, sino a las formas más uniformes, homogéneas y hegemónicas del discurso social de fin de siglo. Una posibilidad desde todo punto de vista, promisoria.

Yolanda Eraso

Atajos. Saberes escolares y estrategias de evasión

Facundo Ortega

Narvaja Editor, Febrero del 2000, 94 páginas.

Desde hace algunos años asistimos a la aparición de una multiplicidad de libros y artículos que toman a la universidad por objeto. Rendimiento, eficiencia, evaluación de la calidad, expansión de la matrícula, son algunos de los temas prioritariamente abordados. La mayoría de tales estudios dan cuenta de fenómenos de alcance estructural que han modificado y continúan modificando las condiciones y funciones de las altas casas de estudios en Argentina.

Sin embargo, escasean los abordajes que, antes que descuidar la participación de tales condiciones en la producción y reproducción de la vida académica o centrarse exclusivamente en ellas, las integren en una perspectiva sociológica que incluya las percepciones y prácticas de los estudiantes universitarios en torno al conocimiento. Aquellas aproximaciones dejan sin abrir esta caja negra que es, también, una caja

de Pandora. Y el texto que aquí presentamos se muestra más curioso que aterrado ante lo que pueda aparecer cuando la tapa se levante.

Atajos apuesta a traspasar la epidermis de los datos estadísticos y las rápidas y difundidas explicaciones de sentido común –más vigentes entre los propios académicos de lo que podríamos esperar– cuando se trata de comprender el fracaso en la universidad. Su lectura es una oportunidad para incursionar en la compleja filigrana de las significaciones y modos interactivos que hoy definen la relación con el conocimiento del lado de los estudiantes universitarios. Del

Facundo Ortega es Director de la Maestría en Investigación Educativa del Centro de Estudios Avanzados

lado de los estudiantes, sí, pero en un juego donde otros actores y condiciones sociales e institucionales son arte y parte de las situaciones donde se ponen en juego lo que el autor denomina “estrategias de evasión del conocimiento”. Aunque el punto de partida es la pregunta por el fracaso escolar en la universidad, la perspectiva forjada involucra a todo el sistema escolar y social. Sin embargo, ello no deriva en rápidas generalizaciones o visiones globalizantes que escapen al tratamiento de las múltiples mediaciones que intervienen en la producción del fracaso. Fundado en investigaciones desarrolladas precedentemente por el propio autor, el texto es pródigo en argumentos e interpretaciones que intentan apresar teóricamente los resortes complejos que movilizan hoy la construcción de un *desinterés activo* respecto del conocimiento escolar, y del universitario en particular.

El título del libro nos brinda una imagen que sintetiza el carácter de las estrategias evasoras del conocimiento: son atajos que economizan esfuerzos y recorridos más prolongados. No aseguran, sin embargo, la llegada al punto previsto, vale decir, a la construcción de un conocimiento sistemático y productor de sentidos acerca del mundo que se extiende más allá de las aulas universitarias. Atajos que se contentan con alcanzar los que serán designados como “síntomas de conocimiento”, es decir, apariencias de conocimiento manipuladas en las situaciones de interacción entre docentes y alumnos universitarios. “Se escruta más a los profesores que a los contenidos -se lee en la página 19-, para saber si se prioriza la memoria, las síntesis, los problemas, las ejemplificaciones, qué palabras utiliza con más frecuencia, orientaciones ideológicas, etc; se elaboran o reelaboran estrategias de cumplimiento mínimo que se dimensionan en función de las materias, los profesores y que no reducen el esfuerzo global sino que por el contrario lo cargan de tensiones. El sobre-esfuerzo para mantener presentificados simultáneamente conocimientos diversos y dispersos, está dimensionado en función de la promesa del olvido.” Frases, palabras y hasta gestos claves a desplegar en situaciones de evaluación, que no pueden generar más enunciados que los que fueron rápidamente retenidos en una carrera contra el tiempo que es, finalmente una carrera hacia el des-conocimiento, y que conlleva la pérdida inevitable de un sentido que trascienda el mero

hecho de superar la situación. Del otro lado de la mesa de examen, y sosteniendo tales rituales interactivos, muchos docentes se contentarán con esta fugaz aparición de tenues y escasos signos de que la bibliografía ha sido leída.

El tratamiento de la dimensión estratégica de la relación con el conocimiento evita cuidadosamente, en todo momento, la caída en supuestos que conciben a los actores como entidades racionalmente orientadas. Las estrategias evasoras no son planteadas como artilugios conscientemente mentados y libremente elegidos. Tampoco son el producto individual de los actores. La relación con el conocimiento como relación social será pensada lejos de cualquier reduccionismo psicológico y de toda sociología que conciba a la sociedad como la sumatoria de individuos, y se verá inscrita en la constelación de instituciones e intereses que participan activamente en la fabricación del modo de disponerse hacia el saber provisto por las universidades. Ello supone internarse en la médula de las estrategias sociales, develar su orquestamiento, apresar sus tramas, sus movimientos. Sus concatenaciones y, también, sus contradicciones.

La escuela, su significado social, y, por lo tanto, el significado de los conocimientos que pone en circulación, constituye uno de los hilos de la enredada madeja en la que los atajos respecto del conocimiento se engendran y regeneran. Pues si bien las dinámicas de la vida universitaria colaboran en la reproducción de las estrategias evasoras del conocimiento, no lo hacen sobre un terreno virgen. Y es este uno de los momentos en los que el texto de F. Ortega nos ofrece una perspectiva inusitada y teóricamente sugerente, nutrida de inesperadas conceptualizaciones. Asume como premisa el carácter opresivo que para los niños y adolescentes adquieren las instituciones escolares (carácter que no es del orden de lo natural o immanente: la vivencia de la escuela y del conocimiento escolar como opresivos, es una construcción histórica y social; en este sentido, el autor brinda argumentos que no cabe desarrollar en este marco, pero que permiten comprender porqué tal premisa no es una asunción caprichosa ni una atribución esencialista). Pero no es éste su principal aporte. El mismo consiste en internarse en las operaciones que, de cara a la vivencia de opresión, ponen en juego los sujetos con el fin de defender activamente sus identidades, y en analizar cómo tales operaciones intervienen en

la relación con el conocimiento. En una elaborada paráfrasis del concepto de "distancia al rol", acuñado por E. Goffman para dar cuenta de las diversas maniobras de los sujetos destinadas a sostener una imagen socialmente legítima sin identificarse con ella-, E. Ortega hablará aquí de "distancia al conocimiento". "La escuela -nos dice-, es un largo aprendizaje acerca de cómo crear una distancia cada vez mayor entre el yo y el conocimiento: el culto de la evasión cognoscitiva está aquí entonces íntimamente ligado a la recuperación de la libertad individual, a la negación del conocimiento como una ampliación del universo de comprensión y de acción en el mundo porque la comprensión es opresión."

Si la distancia respecto del conocimiento es una defensa del sí mismo frente a instituciones educativas vivenciadas como opresivas; si la escuela y la universidad colaboran activamente en la reproducción de situaciones que se resuelven con la mera ostentación de remedos de saber, las lógicas sociales hoy imperantes -en las que el papel de los medios de comunicación es un factor a considerar- hacen sistema con aquellas disposiciones subjetivas y estas mediaciones institucionales, al tornar opresivo todo esfuerzo por conocer. Y ello en la medida en que sitúan a los sujetos frente a la promesa de un sinnúmero de experiencias dadoras de libertad e identidad que no incluyen tal esfuerzo. Esto conmina a los sujetos a la asunción de un estado de ambigüedad permanente y de permanente expectación hacia los acontecimientos externos: se es más en la medida en que no se elige, conservando la ilusión de que se puede llegar a ser cualquier cosa; y llegar a ser depende, antes que de las propias elecciones, de las circunstancias externas y los golpes de suerte que éstas prometen. Las consecuencias cognitivas de este estado de ambigüedad y expectación serán conceptualizadas como "desactivación categorial", entendida como la "puesta entre paréntesis de la actividad constitutiva de sentido, ... una depositación preventiva en las circunstancias, en la pura continuidad de los ahora, donde la presencia inevitable y amenazante del futuro construye una coraza frente al mundo".

La familia es otra dimensión del mundo social que el autor no deja de convocar a la mesa del debate en torno al fracaso en los estudios. Pero no para arribar a apresuradas consideraciones en torno a su responsabilidad en la cues-

tión. Se dedica, por el contrario, a revisar ciertos planteos clásicos de la sociología acerca de las relaciones entre el conocimiento escolar y el mundo de la familia. Si en algunas perspectivas las instituciones educativas replican las diferencias sociales ya presentes en el origen social diverso de los alumnos, en otras dichas instituciones suponen una apertura del mundo social para el sujeto, que le permite sustraerse de la autoridad familiar y acceder a un mundo donde las reglas se plantean impersonalmente. El sentido social de las instituciones educativas resultante en ambos casos difiere: mientras en el primero la escuela resulta cómplice de un orden social injusto que tiene su primer eslabón en la posición social de la familia, en el segundo, es una vía fecunda para la socialización en un mundo al que tarde o temprano deberá enfrentarse sin el resguardo de la familia.

El autor desandarà estas simplificaciones. Por un lado, aunque la escuela resulte una apertura del mundo para el sujeto respecto de su mundo familiar, es en sí misma un micromundo social donde se hacen presentes y se re-crean las diferencias sociales al amparo de mediaciones institucionales específicas. La escuela es hoy, más que nunca, un espacio donde las luchas clasificatorias alcanzan voltajes inéditos en la historia escolar argentina. Por otro lado, y ante las asociaciones tradicionalmente realizadas entre origen social familiar y rendimiento escolar, Ortega advierte que actualmente se hace difícil afirmar la linealidad de dicha asociación. Y este es un punto clave en el análisis, puesto que introduce consideraciones que, al tomar en cuenta cierta aristas de la dinámica social, ponen en tensión las aproximaciones más difundidas en torno al asunto.

Una de tales consideraciones, basada en la información provista por encuestas realizadas a mediados de los '90 a estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba muestra una gran diversidad entre los orígenes sociales y ciertos indicadores de rendimiento: "...en el caso de los alumnos universitarios, ...no hay una correspondencia directa entre alto nivel socioeconómico y rendimiento. ...hay una franja de sectores medios con niveles de educación relativamente bajos entre los padres, donde se observan rendimientos equivalentes o más altos que en otros sectores de mayor "capital cultural" y/o mayores ingresos".

Otro aspecto que se introduce en la polémica

ca es el de la imposibilidad de seguir planteando la continuidad entre capitales culturales ligados al origen sociofamiliar de los estudiantes, y capitales culturales requeridos por las instituciones educativas como explicación del éxito escolar. Ortega trae a cuenta, de una parte, la dificultad en Argentina de aislar y de distinguir la experiencia social de la franja de los profesionales respecto de otros sectores sociales. De otra parte, incorpora en su análisis el fenómeno por el cual hoy las clasificaciones entre los jóvenes se distancian de las clasificaciones generadas por el sistema escolar, y ello al ritmo de la desvalorización creciente de los capitales culturales respecto de los económicos. (Con serias consecuencias en cuanto a la relación con el conocimiento: "...si los capitales culturales no constituyen criterios de distinción socialmente válidos, se transforma el orden del interés y el de la reproducción, en primer lugar "estudiar" tiene sentido en relación a un futuro como profesional pero se agudiza el clivaje entre ese futuro profesional y el camino para llegar a él").

Finalmente, en el marco de estas relativizaciones conceptuales, se vuelve a poner en el centro la relación con el conocimiento en su dimensión interactiva: "Más allá de las ventajas relativas que da a determinados alumnos -en lo refe-

rente a la educación- el conocimiento heredado, ...la ventaja suplementaria se encuentra en la relación con el conocimiento que puede construirse en los hijos a través de la dinámica con los padres. Para explicar este fenómeno no basta incursionar en el dominio de la cultura, sino -y principalmente- en el de la interacción".

En *Atajos* no se escatiman esfuerzos a la hora de encontrar los conceptos, y de evitar las exclusiones analíticas artificiosas, enlazando lo que algunos mantienen en universos conceptuales autónomos, a fin de capturar la densidad de las dinámicas sociales que operan hoy en la construcción del fracaso en los estudios. El texto se aventura por caminos teóricos sinuosos y abre brechas donde otros desarrollos abandonaron la interrogación; no se amedrenta frente a las interpelaciones que las realidades sociales y educativas locales vocean ante las construcciones teóricas acuñadas a la vista de otros mundos sociales. Aquí sólo hemos podido presentar algunos de estos esfuerzos, corriendo el riesgo -quizás inevitable- de empobrecer o esquematizar una complejidad que F. Ortega intenta afanosamente no abolir. Tomar atajos es, justamente, lo que elude escrupulosamente.

Mónica Uanini

Enfermedad y Sociedad. La tuberculosis en la ciudad de Córdoba 1906-1947

Adrián Carbonetti

Editorial de la Municipalidad de Córdoba, 1999.

Con este trabajo, que sintetiza aspectos de una investigación más extensa sobre la tuberculosis en la provincia de Córdoba, Adrián Carbonetti obtuvo el grado de Magister en Demografía en el área de Estudios Latinoamericanos del programa de Sociedad y Salud del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba y el Primer Premio Municipal de Historia "Dr. Santiago H. del Castillo"

del año 1997, otorgado por el gobierno de esa ciudad.

Se trata de un estudio centrado en la ciudad de Córdoba durante la primera mitad del siglo XX, lapso de tiempo en el que los índices de mortalidad por tuberculosis dibujaron una línea que alcanzó su punto más alto en 1915 y el más bajo en los primeros años de la década del cuarenta.